



Ginés Liebana

Nació Ginés para no ser atormentado. De niño parecía una grácil figura de porcelana, pero cuando yo le vi otra vez adolescente; el tormento de la tragedia familiar que le salpicó en el 36, hacía que su rostro fuese aún más blanco y el luto más chocante, con su estampa antigua de cuasi «bibelot» etéreo, móvil y sonriente. Porque las ropas y su color y, sobre todo, su símbolo, cuadraban mal con su vitalidad adivinada, su pupila siempre interrogante, nacida para vivir y no para sufrir... Córdoba resucitaba lenta del estupor de que fuese posible lo que la historia no ha contado todavía y Ginés, junto con Pablo García Baena, devanaban la abolición del recuerdo y su sustitución por el horizonte de belleza que las calles de Córdoba esparcían aún, como un tapiz ajado y roto, pero insistentemente sugeridor de soledad y alada poesía. El mismo escenario se desgranaba también sobre Ricardo Molina y el que esto escribe, con el ansia, mismamente acuciante, de sustituir la hiriente realidad por algo que no fuese real. Los dos, con la droga para soñar ese vino de oro pagano y sacramental, entre el silencio, la cal y el roble de las tabernas de Córdoba. Tabernas con auténticos capiteles califales y los retratos de los taurinos califas desvaneciéndose en la plata sepia de los «daguerrotipos».

Allí, en la calle del Cardenal, refugio, el más humano; refugio eterno de las prostitutas, se fraguó el germen de «Cántico», en ese 39, mismo año en que Ricardo y yo dejamos la guerra para malvivir en una ciudad sufriente, pero aún, como he dicho, bella. Comenzábamos a tener el mundo de ensueño deseado con la compañía de Pablo y Ginés, aparte de sus y nuestros amigos, porque el tema y la palabra, la comunicación, en suma, borraba las soledades y abría la aislada personalidad de cada uno en sus creaciones artísticas, literarias y poéticas. Yo confieso que me quedé asombrado, tanto de los poemas de Pablo como de las ilustraciones de Ginés Liébana. Se revelaba la personalidad de artista de Ginés Liébana en la hora para el adolescente de un surrealismo mitad barroco mitad clásico. Surgían de Chirico sus fantasmales arquitecturas, entre la vacía Córdoba de órbitas, las soledades de nadie y las siluetas de los ángeles lampadarios que iluminaban la fantástica eclosión de los templos fáusticos del barroco andaluz. El dibujante y el pintor quería huir de su terror, de su niñez y adolescencia. Sonaban Bach, Haydin y Beethoven para Ricardo, Pablo y Ginés, junto a Faustino Fernández Arroyo de Alvear, cuyo cadáver velamos siempre los de «Cántico»; junto a su hermano, escapado de los pinceles de Boticelli, junto a Miguel del Moral, resucitador de la gracia, la belleza, la carne que los poetas de «Cántico» adoraban... junto al arcángel de cal del romano puente, junto a Córdoba,

*... donde la pupila
lame ascuas de rostros y en sus
calles
arcángeles pasean...*

aquí, en esta ciudad, hoy destronada de plumas y de alas, vivió Liébana sus años juveniles, de inocencia y creación, hasta la marcha hacia la fama, que más parecía huida de la atormentada y tormentadora Córdoba de entonces...



ARRABAL DE LOS PAYASOS



ARRABAL DE LOS PAYASOS



SATURNAL DEL PRADO

CONOCIMIENTO DE GINÉS LIEBANA

Hace tan sólo unos años no conocía yo a Ginés Liébana. Su nombre, sí —nítido y monacal—, me sonaba remotamente en la memoria, vinculado a un ya lejano movimiento poético que tuviera lugar en mi ciudad y en los años primeros de mi infancia; movimiento —luz y fervor de «Cántico»— al que luego habría de dedicar, desde la identificación y la amistad, tantas horas de pasión y de estudio.

Así, en los viejos números de la revista cordobesa, en las páginas melancólicamente amarillentas de las primeras «Elegías de Sandua», de Ricardo, fue donde, por motivos de profesión y vocación, comencé a rastrear y descubrir el seguro y etéreo pulso de Ginés iluminando el verso, tornando plástico y visual esquema lírico el mensaje sentimental y tembloroso de «El río de los ángeles» o dando forma esbelta al juvenil y límpido «Rumor oculto», de Pablo García Baena, auténtica y purísima «poesía en línea», en palpitante fraternidad de espíritu con la de sus amigos, los más hondos poetas de Córdoba.

Los primeros libros de Pablo y de Ricardo, publicados en las páginas de la revista «Fantasía», mediados los cuarenta, e ilustrados por Ginés desde Madrid, treinta años después me confirmaban aquella insólita aventura de amistad, pintura y poesía en la belleza que fue «Cántico», su relámpago juvenil y armonioso iluminando la atonía mortecina de una vetusta urbe provinciana como la Córdoba de aquellos años grises en permanente penitencia.

Por aquel tiempo, Ginés Liébana, destacado en Madrid, trabajando en las redacciones de «El Español» o «Fantasía», sirvió de cónsul menesteroso y solidario de la más viva y arraigada poesía del Sur, de la poesía, sin adjetivos, de sus amigos cordobeses.

Pero hace tan sólo unos años no conocía yo a Ginés Liébana.

Y fue Ricardo Molina, desde su «Elegía XXXII», varios lustros después, quien primero me hablara de él en la distancia y me diera noticia confidente de su peregrina tristeza desterrada y su ascético afán por la pureza, por la inocencia y la hermosura, que al fin y al cabo vienen a ser lo mismo:

*Cuando el aire me envuelve como un mar de tristeza
y los astros diríanse como crueles lámparas
que alumbran el vacío del corazón humano,
pienso en ti porque tú sabes que «la belleza
habita en otra parte», y releo tu carta,
grande y misteriosa, como un retablo de oro,
esa carta, la última que de Madrid me escribes,
y en que me hablas de otoños más bellos que los nuestros,
del Retiro que cruzas solo todos los días,
de tus melancolías y de cómo te sientes
dichosamente triste en el mes de noviembre.*

*Por amar la belleza y buscarla en la tierra,
por besar en las lilas el color de tu sueño,
por sufrir en la sombra sonriendo,
una voz desolada —honda como la angustia—
dice en mi corazón, oh Liébana, tu nombre.*

Al igual que Pablo lo evocara, íntimo y recogido sobre su propio afán, en días de cordobesa mocedad, por «los azahares húmedos/y junto a las columnas paganas de Santa Victoria», por los rojos crepúsculos de San Cayetano o «al pasar junto al kilómetro 6/cercano a Piedrahíta», arcadia cordobesa, en cuyas espesuras, por un momento, creyeran adivinar, entre el aire serrano de los castaños y los pinos, la melodía silvestre y melancólica de algún fauno triste, joven y solitario tañendo su zampoña,

*cuando aún no eras
Ginés Liébana.
Ibiza, 35.
Madrid.*

Y por encima de todo la amistad, y Córdoba, hecha paisaje íntimo y maternal para el ensueño y el cálido desvelo adolescente:

*Te he buscado estos días en todo lo que amabas,
en todo lo que amabas cuando agosto incendiaba tu corazón
con la llama de los rastrojos ardiendo en la campiña,
.....*

*Has cruzado de nuevo el jardinillo triste de Jerónimo Páez
con el amargo desdén que da a los niños
la gravedad enlutada de unas solapas de terciopelo,
y te he visto otra vez
ante el mármol blanco y caliente de las tabernas,
.....*

*Te he buscado estos días
y en todo te he encontrado.
Te busqué con tristeza, creyendo que no eras ya
nada más que una dirección en un cerrado sobre.
.....*

*Con la sonrisa que una tarde sorprendió Faustino
en aquel patio donde crecen libres las violetas,
donde hay, junto a los jazmines que suben por la cal de las paredes,
un banco abandonado
y una Virgen de piedra muestra la misma desgana de tu sonrisa.
En aquel patio, que acaso has olvidado,
y que tiene un perfume íntimo y recogido
como tu alma.*

Eso era por entonces todo lo que yo podía saber de Ginés Liébana. Que no era poco, por otra parte.

Pero no hace apenas un lustro cuando, de súbito y sin pensarlo, me encontré de bruces con el prodigio mágico de su poesía... o de su pintura, que viene a ser lo mismo. Y aún no lo he olvidado. Cuando aquella desapacible tarde de noviembre entré al azar en la antigua galería «Vivancos», una alucinante revelación o sorpresa me aguardaba, una delirante invasión de color, de imaginación creadora y fantasía rampante por las frías paredes de la sala. Y presidiéndolo todo la impalpable presencia del ángel, la multiplicada teoría angélica o estética de Ginés, fulgurante de sombras e iluminaciones.

Entonces la pintura o la ascesis mágica de Ginés por la escala de la perfección y la belleza me revelaron plásticamente, en cierto modo, el profundo y doloroso sentido del lamento rilkeano:

*¿Quién, si yo gritase, me oiría desde los órdenes
angélicos? Y aun suponiendo que un ángel me estrechara
súbitamente contra su pecho, mi ser quedaría extinguido
por su existencia más fuerte. Pues lo hermoso no es más
que el comienzo de lo terrible que todavía podemos soportar,
y lo admiramos tan sólo en la medida en que indiferente
rehúsa destruirnos. Todo ángel es terrible.*

Pues eso era y es la pintura de Liébana: una anhelante y casi religiosa persecución del ángel por las galerías del sueño, el delirio o la fábula, recreando, en su curso, una otra realidad fundada sobre el arabesco o el laberinto onírico, con los ojos abiertos, en permanente asombro, al espejismo del mundo o al vacío, una realidad mágica y personalísima hecha a la medida del deseo o el capricho. Una vez más el misterio poético habíase consumado: el ensueño había vencido sobre la realidad, por virtud de la inagotable capacidad lírica del artista.

Fue luego el conocimiento personal del hombre y del amigo. El descubrimiento de su ensimismada sensibilidad ascética, de su vibración temblorosa y atónita ante el milagroso espectáculo de la belleza en cualquiera de sus manifestaciones, de su infantil y casi virginal capacidad de asombro, en perpetuo descubrimiento casi religioso del mundo.

Ahora Ginés Liébana, tras muchos años de ausencia, vuelve a Córdoba, a la Córdoba perdida de su niñez y de su juventud. Pero vuelve Ginés no como el hijo pródigo de la parábola, sino como el viajero enriquecido y sabio por sus peregrinaciones y trabajos. Y su ciudad lo sabe y lo reconoce en su antiguo perfil adolescente por calles y por plazas que hoy casi no existen, pues Ginés Liébana es digno hijo de la tierra que lo viera crecer. Con ello queda dicho todo.

CARLOS CLEMENTSON

**INAUGURACION
TEMPORADA PRIMAVERA 1980**

con la obra de

GINES LIEBANA

21 de Marzo

A las 8 de la tarde

Galería Studio

Avenida del Generalísimo, 15

Teléf. 22 69 42

CORDOBA (España)